

Virginidad, sacerdocio y familia

Eduardo Pérez Pueyo

Introducción

- I. EN EL PRINCIPIO
 - II. EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS
 - 1. Cristo es Hijo
 - 2. Cristo es Esposo
 - 3. Cristo desnudo
 - 4. Cristo es Fuente de Vida
 - III. EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA
 - 1. El misterio de la resurrección
 - 2. La llamada a la virginidad
 - 3. Virginidad y matrimonio se iluminan reciprocamente
 - 4. María, Virgen y Madre de vírgenes
- CONCLUSIÓN



Introducción

Este trabajo ha estado motivado desde el inicio por una pregunta que a mí, como sacerdote, me han planteado bastantes personas prácticamente desde el comienzo de mi ministerio sacerdotal. Esa pregunta es: ¿Por qué los curas no se casan? O mejor aún: ¿Y tú por qué no te casas?

Responder a la pregunta: ¿Por qué los curas no se casan?, no resulta fácil, sobre todo en un mundo que parece valorar tanto la dimensión sexual de la persona. Así pues, responderla adecuadamente nos lleva a preguntar por toda la persona. ¿Qué es el ser humano? La respuesta a esta pregunta no puede ser sesgada: no se puede responder acudiendo a una serie de condicionamientos biológicos, o socio-económicos, sino que tendrá que partir de las experiencias más comunes a toda persona. Pero, ¿cuáles son esas experiencias fundamentales?, ¿dónde se encuentran?, ¿cómo conocerlas?, ¿qué nos pueden decir?

Para contestar estas cuestiones, el siguiente artículo sigue el itinerario marcado por el Beato Juan Pablo II en sus Catequesis sobre el amor humano¹, el cual, a su vez, ha sido explicitado por Carl A. Anderson y José Granados en su obra *Llamados al amor (Called to love)*². Este trabajo se constituye, pues, como un comentario a este libro desde la perspectiva de la virginidad cristiana.

¹ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, Cristiandad, Madrid 2000.

Estas Catequesis sobre el amor humano serán citadas, a partir de ahora, citaremos con las siglas CAHU, seguidas del número de la catequesis en la edición española.

² C. A. ANDERSON – J. GRANADOS, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, Burgos 2011; edición inglesa, *Called to love. Approaching John Paul II's Theology of the Body*, Doubleday, New York 2009.

CAPÍTULO I EN EL PRINCIPIO

El Beato Juan Pablo II nos enseña que las experiencias fundamentales del ser humano se encuentran en el origen de la historia humana, en la creación, donde el hombre y la mujer vivieron en un estado de inocencia, que no era un estado de estupidez, sino un estado de integridad. Esas experiencias originarias son la soledad, la unidad y la desnudez.

En medio del Paraíso, Dios pone un montón de seres para el hombre, pero, en cambio, éste se siente solo. Adán, en su contacto corporal con el mundo, se descubre como un ser único y diferente. La soledad originaria señala la relación especial de *filiación* que tiene el hombre con su Creador.

Dios responde a la soledad de Adán dándole una compañera, Eva. Al conocer a Eva, Adán reconoce a un igual, con quien puede comunicarse, unirse a ella, de modo que también profundiza en su propia dignidad.

El diálogo entre los dos es tan sincero que se realiza en la desnudez, como signo de que todos sus afectos están integrados y ninguno de los dos quiere dominar al otro.

Estas tres experiencias de soledad, unidad y desnudez tienen como eje el amor: Adán se descubre como un ser amado por Dios, y profundiza en esa relación a través de su amor a Eva, a quien mira cara a cara sin tapujos.

Este encuentro de Adán y Eva se realiza en cuerpo y alma. El cuerpo adquiere así un sentido *esponsal*, de unión y de donación, a imagen y semejanza del don que han recibido de Dios. De este modo, la donación se convierte en el principio interpretativo, hermenéutico, para comprender el lenguaje del cuerpo, y por tanto, de toda la persona. La persona, por tanto, es comprendida a partir de la *hermenéutica del don*.

Y de la misma manera que el don de Dios engendra vida, la donación mutua de Adán y Eva fructifica en una nueva vida. Adán y Eva son *hijos* de Dios, *esposos* y *padres* que

transmiten a sus hijos la imagen y semejanza de Dios. Esa es la *tarea* que Dios les encomienda como respuesta al *don* de la Vida que Él les ha dado (Cf. Gn 1,28a).

Ahora, queda por aclarar si la vida de consagración total a Dios se coloca dentro de esa misma situación antropológica en la que se viven las experiencias originarias, o se trata de un modo de vida excepcional. Para ello, tenemos que acudir a Cristo. ¿Cristo fue plenamente hombre? ¿Cristo vivió las experiencias originarias?

CAPÍTULO II EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

1. Cristo es Hijo

Dios comenzó a revelar su Paternidad a través del amor de Adán y Eva. Sin embargo, ellos, al cometer el pecado original, rechazaron la filiación divina (Cf. Gn 3,1-24), y así el amor humano deja de revelar plenamente el Amor divino. Pero Dios siguió siendo fiel a sus promesas y envió a su Hijo **Único** para que las experiencias originarias volvieran a ser el lugar de la revelación del amor de Dios. En la plenitud del tiempo, Dios Hijo tomó un cuerpo humano naciendo misteriosamente de una virgen (Cf. Ga 4,4-5).

Cristo no vive dividido interiormente, ya que no hay oposición entre el Hijo, que siempre mira al Padre y cumple su voluntad, y el cuerpo asumido en la Encarnación, ya que la corporeidad, como ya hemos visto, significa la apertura del hombre a Dios en medio del mundo. Por tanto, la carne no es un obstáculo que impida recibir con claridad la revelación del Hijo de Dios, sino que es justamente el lugar en el que el Hijo puede mostrar su comunión con el Padre.

Así pues, Cristo vivió en plenitud la soledad originaria y, como Hijo, restauró el significado del cuerpo como manifestación de Dios.

2. Cristo es Esposo

En el Paraíso, el amor mutuo de Adán y Eva muestra su agradecimiento a Dios por el don recibido, de modo que la unidad originaria enriquece la soledad originaria. En el caso de Cristo, Nuevo Adán, su filiación también queda explicitada por la unidad.

En la Última Cena, Cristo dice al Padre: «He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu palabra» (Jn 17,6). Jesús recibe a los discípulos como un don que le hace su Padre, al igual que Adán recibe a Eva. Esta recepción manifiesta la relación filial de Jesús con su Padre y abre la unidad originaria en una nueva dirección.

Por otro lado, nosotros no sólo somos el don que el Padre le hace a Cristo, sino que Cristo es también el don que el Padre nos hace a nosotros: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito» (Jn 3,16). Dios Padre tiene un Hijo único al que ama totalmente, y sin embargo no se lo guarda para sí, sino que lo envía al mundo para salvarnos. Así, contemplando a Cristo, comprendemos el amor que Dios nos tiene.

La auto-donación de Cristo y su aceptación de nosotros vuelve a unir la soledad originaria y la unidad originaria. Esta restauración de la plenitud del don muestra cómo la filiación de Cristo desemboca en su sponsalidad y ésta explicita aquella.

Como Adán aceptó a Eva como un regalo de Dios y de este modo reconoció su dignidad, así también Cristo acepta a la humanidad como un don del Padre y de este modo reconoce nuestra dignidad.

Cristo se une con un vínculo indisoluble a todos aquellos que le quieren aceptar como el Hombre de sus vidas, como su Esposo, y hace de ellos una Esposa, la Iglesia, a la cual fecunda con su entrega y la convierte en una Madre Virginal que da a luz nuevos hijos. Es, a la vez, Virgen y Esposa, porque ha sido formada por Cristo y consagrada a Él. Es Virgen y Madre, porque ni ha sido formada por los hombres, ni los hijos que nacen de

ella son fruto de una obra humana (Cf. 2M 7,22). A su vez, esta comprensión de la Iglesia ilumina no sólo la vida familiar, sino también la vida consagrada, que puede ser entendida también como una unión esponsal que engendra hijos espirituales.

3. Cristo desnudo

El pecado oscurece el significado del cuerpo como donación hasta el punto de que ya no se puede experimentar la desnudez originaria del mismo modo que la compartieron Adán y Eva. La historia ya no tiene vuelta atrás, y toda solución tendrá que integrar el mal provocado y el dolor sufrido.

El sufrimiento contiene dentro de sí una increíble capacidad para revelar el amor. Nos hace experimentar de un modo nuevo la soledad originaria: del mismo modo que Adán se encontró solo en el Paraíso, y eso le llevó a reconocer su semejanza con Dios, así también, el dolor nos aísla de los demás porque nadie puede compartir nuestra experiencia, y esa soledad puede hacernos recordar nuestra dependencia de Dios.

Por otro lado, el dolor también apunta hacia la unidad originaria, pues permite establecer lazos de comunión, ya que la presencia de una persona sufriente nos mueve a compasión y nos invita a compartir su dolor. El dolor que era la consecuencia del rechazo del amor, ahora se convierte en un camino hacia él.

Cristo también asumió este lenguaje corporal del sufrimiento muriendo por nosotros en la Cruz. De la misma manera que Adán recibió desnudo a Eva de las manos del Padre, así Cristo, despojado de sus vestiduras, Nuevo Adán desnudo, es mostrado por el Padre ante la que va a ser su Esposa y extiende sus brazos para recibirla como un don.

4. Cristo es Fuente de Vida

Cristo es el Hijo y el Esposo que encarna la plena revelación del amor. Sin embargo, ¿cómo podemos nosotros participar en esta plenitud?

Cristo, una vez resucitado y glorificado en los cielos a la derecha del Padre, nos envía su

Espíritu el día Pentecostés. El Espíritu Santo nos hace entrar en el amor de Cristo y participar de sus experiencias, «armoniza el corazón [de los creyentes] con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado»³.

El dinamismo interior del amor tiende hacia la fecundidad. Pues bien, del mismo modo que el amor entre los esposos se desborda en la generación de una nueva vida, así el amor que Cristo comparte con nosotros fructifica en un nuevo nacimiento a través del Espíritu Santo. Cristo, Esposo de la Iglesia, envía su Espíritu desde la Cruz para re-crearnos, para hacernos nacer de nuevo como hijos de Dios Padre (Cf. Jn 3,5-8).



Cristo, Hijo del Padre y Esposo de la Iglesia, nos da una Nueva Vida a todos y a cada uno de los cristianos. Y así, la tarea que nos toca a nosotros es la de responder a la invitación del Espíritu a transformar nuestro amor en imagen del amor de Cristo.

El sacerdote, por su parte, tendrá que vivir en su vida las experiencias originarias como las vivió Cristo. Tendrá que ser hijo — de Dios y de sus padres —, esposo de la Iglesia, y padre que da la Nueva Vida de Cristo.

³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 19.

CAPÍTULO III EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA

1. El misterio de la resurrección

La vida de Cristo no termina con la muerte, sino con la Resurrección. Ésta no supone que Cristo deje de vivir las experiencias originarias, sino que sean llevadas a su cumplimiento y puedan ser comunicadas al hombre.

1.1. Resurrección y filiación

Cristo lleva a cumplimiento la *soledad originaria* y la *filiación* con su Resurrección, pues rompe las ataduras de la finitud, de modo que los cristianos pueden participar en la relación filial que vive Cristo con su Padre: pueden ser «hijos en el Hijo»⁴. Esta plenitud llegará a su realización definitiva en el Último Día, cuando resuciten con un *cuerpo espiritual* (Cf. 1Co 15,42a.44) semejante al de Cristo, un cuerpo inhabitado por el Espíritu Santo.

Ya que el cuerpo expresa la apertura del hombre a la comunión con los otros y con Dios, entonces, esta persona totalmente integrada por el Espíritu vivirá de un modo pleno su relación filial con Dios Padre, y, a través de ésta, también la unidad originaria.

1.2. Resurrección y nupcialidad

Jesucristo es el Hijo de Dios que se hace Esposo de la Iglesia. Este amor esponsal alcanza su culmen en la Resurrección, pues, a través de ella, nace un nuevo modo de vivir la intersubjetividad que consiste en una nueva unión fraterna entre sus seguidores: son Hijos de Dios y hermanos de Cristo formando un solo Cuerpo, la Iglesia.

1.3. Resurrección y desnudez: la plenitud de una relación sincera

En la plenitud de vida que trae la resurrección, la comunión con Dios hace que las relaciones personales se integren dentro de la «comunión de los santos». Al aplicar esto al amor conyugal, resulta que los esposos, cuanto más unidos estén a Dios, más podrán donarse el uno al otro.

⁴ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2782

Esta presencia del amor divino en el amor conyugal constituye lo que Juan Pablo II llama «dimensión virginal» de la relación entre los esposos⁵. Su amor esponsal puede ser, a la vez, virginal, porque el varón, la mujer y su relación pertenecen a Dios antes de que ellos se pertenezcan el uno al otro. Es más, porque son ante todo «hermanos», pueden reconocerse y entregarse. Esta relación fraterna será total en el cielo y constituirá la plenitud de la experiencia de la desnudez originaria.

El anhelo de esta plenitud de relaciones lleva a algunos hombres y mujeres a que anticipen ya en esta vida terrena la gloria del Reino de los Cielos, poniendo en primer plano la dimensión virginal.

2. La llamada a la virginidad

Una vida totalmente consagrada a Dios en la virginidad sólo puede ser entendida en relación con Cristo, que lleva a plenitud el amor humano.

2.1. Cristo vive la virginidad

La virginidad de Cristo adquiere un significado completo a la luz de la Resurrección. En ella, Jesús deja de estar sujeto a las limitaciones del tiempo y el espacio porque ha sido colmado por el Espíritu; se desborda y comunica a sus discípulos su propia experiencia de plenitud, en la que su cuerpo es totalmente un lugar de comunión. Cristo, entregándose a la voluntad de su Padre, se ha convertido a su vez en «padre» de muchos. Y el cuerpo ha adquirido un sentido pleno, definitivo, escatológico: de la exclusividad de la entrega esponsal nace una fecundidad universal.

2.2. La virginidad, vivencia escatológica de las experiencias originarias

2.2.1. En Cristo, el Hijo, la plenitud de la soledad originaria

El que es totalmente Hijo fuera del tiempo, expresa temporalmente su filiación con una dedicación exclusiva a la voluntad de su Padre. Por su parte, la persona virgen recibe

el don de vivir ya en su cuerpo esta filiación. Lo que parece una soledad, vivida en Cristo es, en realidad, la mayor intimidad, la plenitud de la relación filial con Dios.

2.2.2. En Cristo, el Esposo, la plenitud de la unidad originaria

El sacerdote y la persona consagrada viven en su propia carne la plenitud del significado esponsal del cuerpo. Su entrega exclusiva a Dios les lleva a darse totalmente a todos los hombres, pero con una donación que no por ser universal es superficial, sino que se trata de una donación total a cada persona. Viven en su propia carne la soledad y la unidad originarias estando pendientes del Señor. Pero no por ello están libres de preocupaciones, sino que su corazón vibra por Dios y participa de los mismos sentimientos de Cristo que quiere atraer a toda la humanidad hacia sí (Cf. Jn 12,32).

2.2.3. Paternidad y maternidad espiritual

La virginidad consagrada lleva a plenitud el significado nupcial del cuerpo. En este significado nupcial quedan integradas la soledad y la unidad originarias, de modo que hacen fructífero el amor humano, tanto conyugal como virginal. En definitiva, la virginidad no es estéril, sino que florece en la paternidad y en la maternidad espiritual.

Esta paternidad y maternidad es comprendida a la luz de la Sagrada Familia. En el matrimonio de María y José se da una continencia «por el Reino de los Cielos», que servirá de ayuda a la acción del Espíritu Santo: así, María y José, siendo vírgenes, serán fecundos de modo espiritual. Este paralelismo entre virginidad y matrimonio nos puede ayudar a comprender las relaciones que se dan entre la vida virginal y la vida conyugal, entre sacerdocio y familia.

⁵ Cf. CAHU 68, §3

3. Virginidad y matrimonio se iluminan reciprocamente

3.1. El matrimonio ilumina la virginidad

En su contacto con las familias, el sacerdote aprende a tratar a las personas de un modo distinto al que las tratan otras instancias de la sociedad: los feligreses ya no serán ni clientes, ni colaboradores, sino hijos y hermanos, miembros de una gran familia, la Iglesia, el *Pueblo de los hijos de Dios*, que tiene como modelo a la Sagrada Familia de Nazaret. De las familias, y de la Sagrada Familia, el sacerdote aprende que «la relación del padre con el hijo tiene lugar en el contexto de su amor por su esposa»⁶, de manera que, del mismo modo que el padre trata a sus hijos teniendo en cuenta a su esposa, dedicando tiempo a su diálogo íntimo, así el sacerdote trata a sus hijos espirituales dentro de su relación con la Iglesia, en la que vive, ora, trabaja y se consagra.

Con las familias, el sacerdote aprende a ser hijo de la Iglesia, en la que tiene como padres al Papa y al Obispo, a los cuales debe respeto y obediencia. Y también aprende a ser hermano de los sacerdotes que están a su alrededor, se preocupa por ellos y le alegra juntarse con ellos para compartir sus tristezas y gozos.

Desde esta perspectiva, es fundamental que el sacerdote tenga familias amigas, no ya por una motivación práctica, es decir, para ayudarlas y acompañarlas en su vida espiritual, sino, ante todo, porque, gracias a sus familias amigas, el sacerdote aprende a descubrirse como padre, madre, esposo, hijo y hermano. Así, es el sacerdote quien es sostenido y acompañado por sus amigos, ellos le alientan y le corrigen, y le ayudan, en cierto modo, a nacer y crecer como *persona humana sacerdotal*.

3.2. La virginidad ilumina el matrimonio

La vida virginal, por su parte, recuerda constantemente la esperanza del Reino de los Cielos. La persona que se hace célibe por el Reino de los Cielos lo deja todo para seguir a Cristo con todo su ser. Esa renuncia expresa una nueva lógica de vida, en la que todas las realidades temporales adquieren un valor relativo respecto de Dios.

La persona virgen manifiesta *la primacía del amor de Dios y a Dios*. Este amor se hace patente en la entrega total a Cristo, una entrega que es fecunda, a través de la paternidad y maternidad espiritual que ejerce sobre los que están a su alrededor, a los cuales les enseña que la verdadera fecundidad va más allá de la generación biológica. Esta vocación responde, por tanto, a las *experiencias originarias*, como dice Juan Pablo II:

[Las personas vírgenes] desean confirmar con su vida que el significado esponsal del cuerpo —de su masculinidad y feminidad—, profundamente inscrito en la estructura esencial de la persona humana, ha sido abierto de un modo nuevo, por parte de Cristo y con el ejemplo de su vida, a esa esperanza que está unida con la redención del cuerpo. Así pues, la gracia del misterio de la redención fructifica también —más aún, fructifica de modo particular— por medio de la vocación a la continencia «por el reino de los cielos»⁷.

Esa plenitud del Reino de los Cielos es señalada por las personas consagradas, pero ha sido realmente vivida por la Virgen María.

⁶ J. GRANADOS, «Priesthood: a sacrament of the father» *Communio* 36/II (2009) 194.

⁷ CAHU 103, §6.

4. María, Virgen y Madre de vírgenes

María, la Madre de Jesús, es el modelo vivo y consumado de la virginidad y le muestra a cada cristiano cómo se viven las *experiencias originarias* de un modo pleno.

4.1. María es Virgen e Hija

María, al encontrarse sola frente a su propia maternidad, descubre la predilección que Dios tiene por ella y acepta el don que viene del Padre celestial. De este modo, María se descubre a sí misma como la «Hija de Sión» (Cf. Mi 4,10-13; So 3,14-18; Za 2,14; 9,9-10), que lleva a cumplimiento las promesas del Antiguo Testamento, y supone el comienzo del Nuevo. La plenitud de filiación que vive María es el origen de su participación tan especial en la Nueva Alianza.

4.2. María es Virgen y Esposa

La Virgen María, Hija de Sión, es la imagen de toda la Iglesia, Esposa de Cristo, y vive esa sponsalidad en todas las circunstancias de la vida, tanto en la alegría de su visita a Isabel, como en el dolor. María, al pie de la Cruz, participa de los dolores de su Hijo en nuestro favor y, en nombre de toda la humanidad, acepta el sacrificio del Esposo, de modo que corresponde al abrazo amoroso de Cristo a cada hombre.

4.3. María es Virgen y Madre

La maternidad virginal de María, que comenzó en Nazaret, se extiende a todos los hombres en el Calvario (Cf. Jn 19,26-27). María vuelve a dar a luz, esta vez con dolor, y así se convierte en Madre de la Iglesia. Y, una vez que la Iglesia está en manos del Espíritu Santo, María sigue ejerciendo su maternidad espiritual intercediendo por cada uno de sus hijos.

La maternidad virginal de María sirve de estímulo para quienes viven también una paternidad espiritual en el sacerdocio y en la vida consagrada. María muestra cómo la fecundidad espiritual no es una realidad etérea, sino que, al contrario, conlleva muchas alegrías y muchos sacrificios, como los padres y madres de familia, que se sacrifican cada día ejerciendo su paternidad espiritual sobre sus hijos.

El sacerdote y la persona consagrada viven las experiencias originarias siguiendo a Jesucristo resucitado, hijo, esposo y padre y anticipan ya en esta vida la plenitud de las relaciones interpersonales que tendrá lugar en el Último Día. De este modo, la vocación al amor es la llamada que Dios dirige a todos los cristianos, y dentro de ella se comprende cómo el matrimonio y la virginidad se animan mutuamente⁸.

CONCLUSIÓN

Concluyo volviendo a la pregunta con la que comenzaba esta exposición: ¿Por qué los curas no se casan? Después de este recorrido me puedo atrever a responderla.

EL SACERDOTE NO SE CASA PORQUE AMA COMO CRISTO AMA

Esto no es un ideal inalcanzable, ya que la vida de la Iglesia está llena de sacerdotes santos que nos alientan desde el cielo, unos conocidos y otros desconocidos. Y desde la tierra nos sentimos alentados y acompañados en nuestra vida cristiana por todos aquellos sacerdotes, amigos nuestros, que AMAN COMO CRISTO AMA. ■

⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 24; JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 10; *Familiaris consortio*, 16.

AUTOR

Eduardo Pérez Pueyo

Sacerdote de la archidiócesis de Zaragoza.

Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma).

Especialista Universitario en Pastoral Familiar por el Pontificio Instituto Juan Pablo II.